

## Aquel Bolívar mexicano

Por COCO MANTO\*

VAYAN ESTAS INFERENCIAS de Simón Bolívar con México y algunas imágenes afines a su gloria y flaquezas humanas. El hecho histórico y el canto retórico del trovador popular.

De nombre kilométrico como su gloria, el Libertador Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios estuvo en México en 1799, de paso a España. Llegó a Veracruz por barco y de allí a la Ciudad de México en la más idónea manera de viajar de entonces, en una litera, “especie de caja suspendida en dos varas y sostenida por dos mulas”, durante veinticinco días.

Tenía dieciséis años cuando se alojó en la casa del oidor Guillermo de Aguirre, en el Centro Histórico, la actual calle de Bolívar esquina con República de El Salvador. El oidor era esposo de María Ignacia Rodríguez de Velasco, apodada *La Güera Rodríguez*, casquivana de altos vuelos, según el escritor don Artemio de Valle-Arizpe. Que la bella y fogosa dama se metió a la medianoche en el camastro donde el joven Simón reposaba y que apenas le dio tiempo para musitar: “señora... señora, pero qué...”.

Dicen se dice dijeron que entre La Güera y el zambo...

Diga Bolívar si es cierto  
o si es injuria que pasa  
que el joven fogoso aquel  
tuvo un feroz amorío  
con la Güera en cuya casa  
catre de bronce, anaquel,  
fue a refugiarse del frío...

Diez años más tarde, aquel joven granadino comenzó a quedarse insomne y ponerse revoltoso, contagiado, se dice, por las fiebres libertadoras de Hidalgo y de Morelos.

Dijeron dicen se dice que el escrito moreliano “Sentimientos de la Nación” le sacó del sueño durante mucho tiempo.

---

\* Pseudónimo de Jorge Mansilla Torres, embajador en México del Estado Plurinacional de Bolivia. Texto leído, con un fondo de zampoñas, en la presentación del número 64 de la revista bolivariana *Archipiélago*, edición dedicada a los Bicentenarios de la Libertad (1809) y de la Independencia de Bolivia (1825).

Diga Bolívar si es cierto  
que en sus muy preciosos años  
cuando miraba los suelos  
de la selva y del desierto  
de tanta América nuestra  
supo de Hidalgo y Morelos  
y sus sermones extraños  
de patria libre y desvelos...  
Luego el recuento de daños.

Tuvo Bolívar un tiempo crítico en su relación con México por los evidentes riesgos que implicaba la firma de los Tratados de Córdoba, porque abrían la puerta a la llegada de un monarca extranjero.

Enemigos y envidias nunca le faltaron al Libertador para atribuirle, por ejemplo, propósitos absolutistas en su mando y hasta corrió la especie de que iba a casarse con una princesa de la Casa de Orléans. Se le vinculó también, a la mala, con la fama dictatorial de Agustín de Iturbide. Pero no. Bolívar se manifestó enemigo declarado del monarquismo iturbidista y dijeron que se alegró cuando Agustín I se vio obligado a abdicar.

Dicen se dice dijeron que por ahí también hubo cierta campaña de insidia de parte de un tal Santa Anna...

Diga Bolívar no es cierto  
y es insidioso ligar  
su gloria con Iturbide  
y en carta a Páez escribe  
que el emperador falsario  
nunca se para ni mide  
en profanar el sagrario  
de las leyes a observar.

Salvado el escollo de Iturbide y para evitar sobresaltos monarquistas, el Libertador propuso la firma de un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, lo que hizo en octubre de 1823.

Ese pacto y la celebración en 1826 del Congreso de Anfictionía en Panamá formaban parte de la estrategia bolivariana para defender la integridad y soberanía de Hispanoamérica, a las que ya amenazaban las potencias europeas y el expansionismo de Estados Unidos con merma de territorio mexicano.

Dijeron dicen se dice que al sueño de don Simón se lo abrieron en Canal de Panamá con traición.

Digo a Bolívar que es cierto  
que aquella estrategia griega  
fecunda de anfictionía  
ese Tratado de Unión  
es un hito en la refriega  
por nuestra soberanía  
y es mandato que no cesa  
por más que genere agruras  
en el pueblo que se entrega  
a ser digno cada día  
(como ahora ocurre en Honduras).

Ah, pero es épica la coronación de Bolívar como ciudadano de México. La nacionalidad le fue otorgada por el Congreso Constituyente el 18 de marzo de 1824, a propuesta de fray Servando Teresa de Mier y otros dieciséis diputados. ¿Y cómo no iba a ser mexicano, si el encanto y la grandeza de esta tierra casi le torcieron el destino?

Aquel joven de dieciséis años que aquí vino en 1799 y que viajó en carroza, de paseo con La Güera Rodríguez, hasta el portento pétreo de Teotihuacan, le confió a su amigo de viaje, Esteban Escobar que en París iba a dedicarse al estudio de las ciencias y la arqueología... para regresar a México.

Bolívar venezolano. Bolívar boliviano. Bolívar mexicano. Libertador liberado en sus nacionalidades.

Dicen se dice dijeron:

Diga el general que es cierto  
que se asumió mexicano  
con el parangón sincero  
de saberse boliviano  
aires de la misma cuerda  
en do re mi fa-si món  
del cuatro venezolano  
linda fiesta americana  
el charango de Bolivia  
y enbolivariado son  
la jarana mexicana.

El cielo se le oscurece. No se amilana el visionario. Todavía está a salvo de las depresiones que unos años después lo tendrán de su modelo favorito.

Bolívar cabalga y sueña. Cruza interminables ríos, remonta montañas, deriva por los desiertos, se sofoca en las selvas y con su luminosa espada traza el gran mapa a futuro de la patria común de los pueblos integrados.

Por eso dice, aún en 1826: “Después de las cadenas, las tinieblas y la ignorancia, nuestros pueblos sabrán de los sublimes dones de la libertad, la luz de los saberes, el honor de ser gente y la dicha de amar sin límites, de amar a morir para seguir viviendo”.

Confirme el Libertador  
que le escribió a Santander  
que dividía su tiempo  
entre mañana y ayer  
en tres quehaceres del viento:  
“pensar, soñar, caminar...”.

Y a la vuelta del silencio  
revirtió en el Ecuador  
con Manuela Sáenz y el tiempo  
la esencia de tanto empeño:  
follar una vez follar  
otra vez y caminar  
pensando mucho y sin sueño.

Para esto Bolívar es el hombre con el derecho a desplegar el huracán de sus pasiones en la única Constitución que deben ejercer los hombres: una mujer.

Pero don Simón es también el ser débil proclive a la decepción y al desengaño. El barro de la tristeza se endurece con el calor de sus rabias. Le enferman la inercia del pasado colonial, las ambiciones y los caciquismos hispano-individualistas y desbocados. Las traiciones hacen su trabajo de zapa dentro del edificio de la grandiosa confederación de naciones imaginada y forjada por el caro caraqueño.

El héroe de cien batallas sangrientas, sensible y poeta, se asume derrotado por el rencor parroquial de dos tres pillastres arribistas. Es cuando escribe: “No hay buena fe en América. Los tratados son papeles, las Constituciones libros, las elecciones combates, la libertad anarquía y la vida sólo tormento”.

No diga, mi general,  
en su soledad y duelo  
que usted ha arado en el mar.

Aquel Bolívar mexicano

Tome, tenga este pañuelo  
con orillas de llorar  
suéltese el llanto que alivia.

Su orden de Patria Grande  
sigue latente en la gente  
del Río Bravo hasta el Ande:  
en la indiada de Bolivia  
el cholero peruano  
llaneros de Venezuela  
los rebeldes de Colombia  
y las barriadas quiteñas  
los gauchos de Martín Güemes  
federales de Zamora  
los surianos de Emiliano  
guardianes de la memoria  
que verán llegar la hora  
del reajuste sin albur  
con la derecha malora  
neoliberal sin gloria  
porque un huracán de historia  
está viniendo del sur.